

¿Quiere Europa ocuparse del futuro de su modelo socioeconómico? ¿Puede hacerlo? ¿Europa o los Estados?

Joan Romero

Joan Romero es catedrático de Geografía en la Universitat de València. Experto en federalismo y geografía de la globalización, es autor, entre otras obras, de *España inacabada (PUV, 2006)* y (con J. Azagra) *País complejo. Cambio social y políticas públicas en la sociedad valenciana (PUV, 2007)*.

El Estado del bienestar es nuestro mejor logro colectivo como europeos. Por sus valores y por sus realizaciones. Permitió avances históricos sin parangón y la justicia social ha llegado más lejos que en ninguna otra parte del planeta. Todavía sigue siendo así. Pero en el inicio de la década de los noventa del siglo XX dos grandes cambios alteraron drásticamente el curso de la Historia para adentrarnos en un nuevo milenio «sin brújula», en acertada afirmación de Amin Maalouf (2009). Cambios que se iniciaron con ocasión de dos hechos que tuvieron lugar con apenas seis meses de diferencia: la caída del muro de Berlín y el desarrollo comercial de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y su aplicación a los procesos productivos. La caída del muro cambió el escenario para la socialdemocracia europea. El desarrollo de las TIC alteró por completo la relación tradicional entre ciudadanos, territorio, actividad económica y Estado. El centro de gravedad geopolítico y económico inició su progresivo desplazamiento hacia el Pacífico y Europa occidental ha tardado demasiado tiempo en comprender los grandes cambios en curso. Cambios que no es seguro que le beneficien y que ya no puede gestionar en solitario y tal vez ni siquiera como actor principal.

El modelo socioeconómico europeo (en adelante MSE) se desarrolló en un contexto completamente distinto al actual, tanto en términos geopolíticos (Guerra Fría, la amenaza y el contrapunto cercano del modelo comunista y el Atlántico como centro de gravedad mundial), como económicos (crecimiento económico sostenido con pleno empleo y sin inflación durante las tres *décadas gloriosas*) y sociales y culturales (estabilidad en el empleo, biografías laborales estables, estructura familiar tradicional...). A lo que hay que sumar un horizonte ascendente y la creencia –en general cierta– de que las generaciones siguientes tendrían mejores oportunidades que la generación anterior.

Hoy la situación es muy distinta, cualquiera de los planos antes enumerados que se considere: geopolítico, económico, social, cultural o de percepción del futuro. La Unión Europea no es capaz de actuar como actor geopolítico global y los Estados han visto modificadas sus capacidades tradicionales ante el surgimiento de nuevos poderes económicos que no entienden de fronteras y que no concurren a elecciones. La globalización de la economía ha provocado que muchos territorios europeos (y las personas que viven en ellos) se sitúen entre los *perdedores* de esta nueva fase de desarrollo del capitalismo desregulado que arranca en los ochenta y que ha mostrado su rostro más crudo y falto de ética en la crisis de 2008 (Costas, 2010). Las empresas actúan de forma global mientras que la política (el Estado) sigue pensando y actuando en la escala local y regional. Muchos

ciudadanos europeos manifiestan un creciente sentimiento mezcla de incertidumbre, inseguridad, temor e indignación a la vista de la velocidad de los cambios en curso, de la crisis de algunos sectores productivos, de la evolución de los mercados de trabajo, de las dificultades de incorporación de los jóvenes al mundo laboral, de las consecuencias de los recortes sociales, de la impotencia de sus respectivos parlamentos para resolver sus problemas, de los escenarios demográficos previstos a medio plazo y sus implicaciones en el mapa de pensiones o de la creciente presencia de nuevos inmigrantes. Sentimientos de temor que en ocasiones cristalizan en forma de explosiones sociales, de aumento de la desafección política, de actitudes que plasman el rechazo al otro o de expresiones políticas de corte populista, sean estas de derechas o de izquierdas.

Sin embargo, los europeos han de ser capaces de garantizar el futuro del MSE. No desde posiciones reactivas o defensivas –a veces hay que defender al Estado del bienestar de algunos de sus supuestos más firmes defensores que rechazan cualquier tipo de reforma– sino desde posiciones proactivas, adaptadas a una realidad que ya nada tiene que ver con la etapa en la que se consolidó y atentas a las grandes transformaciones ocurridas durante las dos últimas décadas.

En estas páginas pretendo compartir mis propios interrogantes respecto al futuro del modelo social europeo. Desarrollo tres ideas básicas: la primera es que el MSE descansa fundamentalmente sobre el empleo y que Europa occidental tiene enormes dificultades para crear empleo en el actual contexto de globalización económica. Y sin empleo suficiente el MSE no es sostenible. La agenda que habitualmente se propone desde ámbitos académicos o políticos no es suficiente, a mi juicio, para estabilizar el MSE en el corto plazo. Creo que hay otros enfoques posibles y que conviene la revisión de algunas tesis mantenidas desde posiciones económicas convencionales en materia de competitividad y mercado de trabajo. La segunda idea es que la Unión Europea debe asumir mayor protagonismo como actor global para garantizar una transición pactada hacia nuevos modelos productivos. En caso contrario, el proceso de segmentación y polarización de nuestras sociedades puede evolucionar hacia escenarios en los que se acentúen procesos de desigualdad social, donde de nuevo la Cuestión Social ocupe un lugar relevante. Ni siquiera se puede descartar que conduzca a un proceso de fragmentación del proyecto político europeo de consecuencias imprevisibles. La tercera idea es que frente a la hegemonía política y académica de la agenda neoliberal cabe defender la agenda socialdemócrata por entender que es la que mejor garantiza la cohesión social como se demuestra en el caso de los países nórdicos.

¿ES SUFICIENTE CON LA ACTUAL AGENDA EUROPEA DE REFORMAS?

Existe amplio consenso académico a la hora de enumerar las reformas necesarias en Europa. También en señalar que la agenda geopolítica, económica, social, cultural y medioambiental que aguarda a los diferentes actores políticos y económicos y a los ciudadanos europeos en un contexto incierto es formidable. Basta con leer el informe *Europa 2030* para comprender la dimensión de los retos que la Unión Europea ha de enfrentar de forma inmediata (VVAA, 2010), teniendo en cuenta además la dificultad añadida que supone contar con la diversidad de situaciones que ofrece el Estado del bienestar en Europa, o para ser más precisos, las cinco versiones de Estado del bienestar hoy existentes en Europa (nórdico, anglosajón, continental, mediterráneo y de los países ex-comu-

nistas). Este nuevo contexto, interdependiente, complejo e incierto, en el que los cambios suceden a una velocidad como nunca antes en la historia, exige liderazgo, voluntad y capacidad política para embridar una situación completamente nueva y distinta de las anteriores en la que Europa parece tener notables dificultades que los ciudadanos europeos perciben con claridad.

¿Cuáles son esos grandes retos colectivos que, a mi juicio, hay que encarar? En primer lugar los situados en el plano geopolítico global y regional, puesto que el proceso de construcción política del proyecto europeo permanece inacabado y sobre él, agudizado por la crisis y la recesión, planean tentaciones de «retorno al Estado nación» y de proteccionismo que de prosperar en nada ayudarían ni a las partes ni al conjunto de la Unión. Pero también se ha evidenciado la necesidad de que Europa se convierta en un actor global con voz propia (y a ser posible única) en el nuevo contexto de creciente multilateralismo e interdependencia, imprescindible para abordar cuestiones globales: desde los retos derivados del cambio climático o la transición hacia nuevos modelos energéticos, hasta el diseño de nuevas formas de gobernanza global, el establecimiento de nuevos instrumentos de regulación y control del sistema financiero o de nuevas reglas globales comerciales, fiscales o laborales a favor del trabajo decente y que limiten el riesgo de *dumping* social y ambiental, pasando por la obligación de reforzar la cooperación con los países en desarrollo.

En segundo lugar, en relación con el propio modelo socioeconómico europeo y su grado de sostenibilidad en un horizonte demográfico de creciente envejecimiento. El horizonte demográfico europeo supone nuevas necesidades y tensiones sobre el Estado del bienestar y a su vez implica crecientes aportes de mano de obra extracomunitaria. En este apartado vuelve a cobrar gran relevancia, si es que alguna vez dejó de tenerla, el debate sobre la importancia de la esfera pública –el «retorno» o la «rehabilitación» del Estado– en el proceso de elaboración, ejecución y evaluación de políticas.

En tercer lugar, y creo que es el problema fundamental, gestionar el nivel de incertidumbre, desconcierto y sensación de vulnerabilidad que ha arraigado en la mayor parte de los ciudadanos europeos. Cualquiera de las consultas y de las encuestas de opinión que se manejen ponen de manifiesto ese nivel de inseguridad, de incertidumbre respecto al futuro y de falta de confianza en los representantes políticos para resolver los verdaderos problemas que los europeos tienen perfectamente identificados. Muchas de las inseguridades y de las incertidumbres tienen que ver con problemas «nuevos», otras con problemas «viejos». Algunos guardan relación con cuestiones «exógenas» situadas más allá de las fronteras de su Estado y que el Estado no puede resolver por sí solo, otras con cuestiones «endógenas» para las que el Estado tampoco parece tener respuesta.

De todos los nuevos desafíos colectivos relacionados con este punto el más importante tiene que ver con la gestión de sociedades crecientemente multiculturales. Los europeos necesitaremos decenas de millones de nuevos inmigrantes antes de 2030 para hacer viable nuestro modelo socioeconómico, pero de forma mayoritaria somos contrarios a la inmigración. Sin duda ésta es una de las grandes contradicciones a las que se ven abocadas las sociedades europeas a la vista de las reacciones y de las expresiones políticas de corte xenófobo que ya son la norma en la mayor parte de los países europeos. Existe un riesgo de fracturas sociales. Existe la evidencia de que la identidad se utiliza como estra-

tegia de afirmación, de repliegue y como expresión política del resentimiento. Existe la posibilidad de que se ensanchen los muros interculturales en el seno de nuestras sociedades. Muros interiores que cada uno construye en su interior y cada día algunos se afanan en recrecer. Brechas que dan lugar a la conformación de sociedades paralelas, federadas diría Amartya Sen, escindidas en definitiva. Y ninguno de los modelos de integración hasta ahora ensayados (ni el comunitarista ni el republicano laico) resulta satisfactorio para sus promotores.

Pese a todo, los ciudadanos siguen mirando hacia la política y hacia los parlamentos y en la medida en que no sean capaces de dar respuesta avanzará el euroescepticismo, incluso en los países del Sur de Europa (Verney, 2011), y emergerán, con mayor o menor intensidad, expresiones de desafección o de decepción que cada vez preocupan, o deberían preocupar, más a la política. De mantenerse el actual estado de cosas, tal vez nuestro mayor problema en un futuro no lejano ya no sea de buena gobernanza, sino de mera gobernabilidad.

Estos y otros desafíos colectivos hace tiempo que han sido señalados, incluso con reiteración. Fueron ya apuntados en el llamado *Plan Delors* para ser de nuevo retomados y desarrollados por otros diagnósticos muy relevantes elaborados en el ámbito europeo durante la década pasada –Sapir (2003), Kok (2004), Aho (2006), *Europa 2030*, precedidos, por supuesto, por los objetivos estratégicos acordados por los estados miembros en 2000 en la Estrategia de Lisboa. En todos ellos se incide especialmente en la relación *educación-formación-innovación-competitividad-productividad y empleo* y se alude a la necesidad de que las economías europeas profundicen en la transición hacia un nuevo modelo productivo basado en la economía del conocimiento y los servicios. Ese parece ser nuestro horizonte deseable, si bien, esos mismos informes intermedios encargados de evaluar el grado de cumplimiento de los objetivos de Lisboa indican que, salvo en el grupo de países nórdicos, estamos muy lejos de los objetivos inicialmente trazados para el año 2010. Otros hablan abiertamente de fracaso de la Agenda de Lisboa y la realidad parece darles la razón...

Además de los problemas de competitividad y de productividad y de las notables dificultades de las economías europeas para crear empleo, mucho antes de que estallara la crisis financiera y la recesión, el llamado modelo social europeo había evidenciado otras graves dificultades y tendencias indeseables, en parte consecuencia de lo anterior. En especial una: el creciente grado de fragmentación de nuestras sociedades y la llamativa aparición de niveles de desigualdad social que afectan a determinados grupos (niños, jóvenes, mujeres o inmigrantes) que reducen drásticamente el grado de cohesión social y van prefigurando «sociedades paralelas», «sociedades sin asiento» (Delgado, 2007), «sociedades rotas» (Liddle, 2008), en las que se empobrecen las clases medias y la distancia entre los «incluidos» y los «excluidos», entre el «centro» del sistema social y la «periferia» se amplía, al tiempo que se reducen las posibilidades de movilidad social.

Se trata de una sociedad nueva y distinta en la que se ha producido una pérdida de centralidad de la clase obrera tradicional y han aparecido los nuevos proletarios de servicios (Azagra; Romero, 2007). Una estructura social marcada por procesos de «insularización», en la que se han perdido gran parte de los elementos de solidaridad y de los llamados vínculos sociales. Una sociedad cada vez más desconcertada en la que los ciu-

dadanos (desapegados de la política) reclaman a los poderes públicos seguridades que ya no pueden garantizarles como antes. De ahí episodios espasmódicos de repliegue desde hace años (Austria, Holanda, Francia, Suiza, Italia, Finlandia, Dinamarca...) y tentaciones de desandar parte del camino recuperando incluso las fronteras nacionales para garantizar la seguridad y el control de la inmigración.

Algunos han llegado a afirmar que, salvando las distancias, en Europa existen tendencias que de forma progresiva nos acercan más al modelo norteamericano que al modelo nórdico. Para muchos, esta «nueva desigualdad» es la expresión más dramática del fracaso del Estado del bienestar para asegurar mayor nivel de cohesión social y para invertir esta tendencia en el medio plazo. En consecuencia, uno de los mayores retos de futuro, junto a la creación de más empleo de calidad, consiste en reducir la creciente brecha social que se ha abierto en el seno de nuestras sociedades, identificando bien los sectores más vulnerables e imaginando políticas para invertir ese proceso.

Algunas grandes áreas y las propuestas sobre las que existe mayor grado de coincidencia serían claramente las que se enumeran a continuación (Liddle; Lerais, 2006; Giddens, 2007; McLaren, 2008; Jurado; Bruzzone, 2008; Liddle, 2008; Tsoukalis *et alii.*, 2009; VVAA, 2009; Crudas; Rutherford, 2009; Cramme; Diamond, 2009): a) reforzar el papel de la Unión Europea como actor global; b) diseñar nuevas políticas activas de creación de empleo en detrimento de las políticas incentivadoras de la cultura del subsidio; c) «equipar» a las personas, situando la educación y la formación en el centro de las políticas públicas, dedicando especial atención a las edades más tempranas, para hacer posible que todos puedan disponer de las mismas oportunidades para desarrollar sus capacidades a lo largo de su vida; d) atender los fenómenos de nueva pobreza y desigualdad centrando la atención de forma preferente en los grupos más vulnerables (población infantil, mujeres con hijos su cargo e inmigrantes); e) introducir medidas concretas para reducir el riesgo de pobreza y exclusión social, sobre todo favoreciendo la existencia de dos salarios por hogar; f) promover políticas públicas que incentiven la natalidad; g) recalibrar los sistemas de seguridad social para atender de forma adecuada tanto los viejos como los nuevos riesgos sociales; h) prolongar gradualmente la edad de jubilación; i) superar la falsa dicotomía entre Estado y mercado a favor de un «keynesianismo inteligente» que suponga mejor Estado y un mercado más regulado, donde las palabras clave sean: eficiencia, eficacia, transparencia, control, evaluación, rendición de cuentas, derechos y deberes, responsabilidad y una inteligente relación público-privado; j) atender el fenómeno de la multiculturalidad y sus consecuencias políticas, económicas, sociales, culturales; k) no desatender las cuestiones relacionadas con la seguridad de las personas y el orden público, porque es uno de los temas que más preocupan a los ciudadanos; l) revisar los modelos energético, de ciudad y de cohesión territorial.

En cuanto a las propuestas de reforma del MSE tampoco sería muy difícil delimitar unos cuantos campos para la discusión y, en su caso, acuerdo a escala estatal y europea: a) apostar más por las iniciativas preventivas que por las correctivas o paliativas; b) definir qué elementos del Estado del bienestar deben permanecer como pilares fundamentales y como responsabilidad de la esfera pública y cuáles deben ser reformados o suprimidos; c) establecer qué aspectos pueden ser financiados por el Estado y propor-

cionados de forma indistinta por la esfera pública, la privada o el tercer sector; d) avanzar en formas de gestión más flexibles, eficaces y eficientes; e) encarar el capítulo de derechos, deberes y responsabilidades colectivas e individuales en la prestación de servicios públicos, y f) luchar contra el principal enemigo del Estado del bienestar: la picaresca y el parasitismo.

Pero la cuestión fundamental que aquí se sugiere para la discusión es si ese amplio programa de reformas es el que se está desarrollando y en caso de que así fuera si sería suficiente. A la vista de las tendencias observadas, no parece que la realidad transite por la senda deseable antes referida. La economía europea muestra dificultades y rigideces que merman su competitividad y lastran reformas necesarias, hasta el punto de que la economía del conocimiento y los servicios es todavía más un deseo que una realidad. Los objetivos estratégicos de la Unión creo que siguen siendo válidos, pero han de fijarse hojas de ruta, hoy inexistentes, que marquen orientaciones claras y políticas concretas para hacer la transición. Y esa circunstancia es tan urgente como hoy inalcanzable para *las Europas* que integran las *periferias* de la Unión, tanto la vieja periferia integrada por Irlanda, Portugal, España y Grecia, como la nueva periferia que componen los países de la Europa central y oriental.

Hoy las mayores dificultades e incertidumbres de futuro se presentan para el conjunto de países que integran la *vieja periferia* ¿Dónde está a mi modo de ver la principal dificultad? En la creación de empleo suficiente. Es el fundamento del MSE, porque sin empleo no hay ingresos y por tanto no hay posibilidad de mantenerlo. Sin embargo, el proceso de globalización ha alterado por completo la división del trabajo y las repercusiones para el conjunto de la Unión –aunque también hay regiones y ciudades ganadoras– no son favorables. Por cada región o ciudad europea ganadora hay muchas más perdedoras en las que son visibles los efectos negativos de la «carrera hacia el fondo», la espiral descendente de pérdida de empleos en la industria, dificultades para la agricultura, evolución negativa del empleo estable, reducción de salarios reales e incremento del trabajo no declarado, temporal y precario.

La globalización ha puesto de manifiesto que la tierra es cada vez más *plana* pero también más *puntiaguda*, por utilizar los conocidos términos acuñados por Friedman (2006) y Florida (2009) respectivamente. Que se trata de procesos en los que aumentan las desigualdades entre países y en el interior de cada uno de ellos. Y que en el caso de Europa los efectos del *outsourcing* están siendo devastadores para muchos sectores productivos y distritos industriales. No hay nada nuevo que no avanzara ya Manuel Castells en 1998 cuando todavía los efectos de la globalización no eran tan evidentes (Castells, 1998). En su conocida obra *La Era de la Información*, describía el nuevo escenario para las empresas y el significado del aumento veloz de la interdependencia entre empresas, sistemas productivos y territorios, vinculados mediante redes de flujos materiales e inmateriales. Pero sobre todo desarrollaba una idea fundamental: con la globalización el trabajo se convertía en un recurso global, pero los mercados de trabajo, salvo para segmentos muy concretos, no eran verdaderamente globales. Es decir, el mundo alcanzaba en los años noventa del siglo XX la unificación de sistemas económicos, las empresas podían pensar en global, desplazarse y buscar ventajas competitivas en cualquier lugar del pla-

neta, pero las personas seguían vinculadas a *lugares*. De otra parte, se rompía además la relación tradicional entre ciudadano, territorio, economía y Estado. Se alteraba dramáticamente la correspondencia entre procesos globales y gobernanza estatal. Las empresas y los mercados podían pensar en global pero los Estados, además de asistir impotentes a este proceso de transformación y «reconstrucción», siguen pensando en clave local.

Llegados a este punto, las cuestiones a las que hay que dar respuesta son muchas: ¿Se puede competir desde una región agraria o una región industrial europea con una región de un país emergente? ¿Cómo se puede competir desde una región con derechos sociales y ambientales del siglo XXI con otra en la que todavía se trabaja en condiciones sociales equiparables a las de la Europa industrial de finales del XIX retratada por Dickens aunque con tecnologías del siglo XXI? ¿Es suficiente, para mejorar la competitividad, con las reformas de los mercados de trabajo tradicionalmente esgrimidas? ¿Puede mejorar la competitividad de una región industrial del Sur de Europa por la vía de la reducción de salarios, la precariedad laboral y la temporalidad? ¿Lo corroboran las evidencias empíricas? ¿Dónde ocupar en condiciones decentes a trabajadores procedentes de sectores industriales en los que sólo algunas empresas innovadoras sobreviven? ¿Cuál es el destino laboral y vital de los jóvenes bien formados pero mal retribuidos y de más del 30% de jóvenes que han abandonado prematuramente el sistema educativo? ¿Hasta dónde llegar en la «carrera hacia el fondo»?

Lamentablemente, para casi todas estas cuestiones sigue habiendo más preguntas que respuestas a la hora de definir y de desplegar políticas: ¿Qué estrategias de desarrollo hay que impulsar? ¿Cuáles son las opciones reales para las personas, las empresas y las regiones y ciudades que se enfrentan a esta nueva situación? ¿Qué políticas presentan mejores resultados para crear empleo y atraer actividad económica? ¿Cuáles han fracasado? ¿Ha fracasado en su objetivo la Política Regional Europea de los últimos veinte años como se deduce del *informe Barca* (2009)? ¿Qué margen queda para la esfera pública en muchos países entre la política monetaria del BCE, las preferencias de los mercados financieros y las imposiciones del FMI y los países centrales de la Unión? ¿Es la escala regional y metropolitana la más adecuada para impulsar políticas eficaces? ¿Políticas imitadoras de «sendas lentas» o de «sendas rápidas» (Pike *et al.* 2011)? ¿Qué debemos entender por territorios inteligentes o crecimiento inteligente? ¿Gobierno o gobernanza multinivel?

Tal vez ya nada sea igual que antes de la crisis financiera global y la recesión económica, pero una vez embridada la crisis financiera y sus consecuencias económicas y sociales, la Europa de los veintisiete tendrá que abordar estos problemas con esfuerzo renovado si no quiere seguir perdiendo posiciones como actor global y quiere mantener los pilares básicos de su modelo social.

El problema es de velocidad de los cambios en curso y de escalas. Muchas de las propuestas y de las reformas antes enunciadas miran al medio plazo, y habrá que insistir en ellas, pero el *dumping* social y ambiental afecta hoy a mercados de trabajo locales y a sectores productivos y distritos industriales en el corto plazo. Tal vez el enfoque sea correcto, pero el mayor desafío para muchas regiones europeas es cómo gestionar la transición hacia un nuevo modelo productivo sin riesgo de desmantelamiento progresivo del Estado

del bienestar, explosiones sociales, emergencia de expresiones populistas, brotes de xenofobia, tentaciones de repliegue cultural y de proteccionismo económico y nuevas manifestaciones de nacionalismo de Estado.

¿ESTÁ LA UNIÓN EUROPEA EN CONDICIONES DE AFRONTAR Y LIDERAR LOS CAMBIOS NECESARIOS? ¿LOS ESTADOS PUEDEN HACERLO EN SOLITARIO?

Las dificultades para crear empleo no son exclusivamente un problema europeo, pero son básicamente un problema para Europa. Ya sabemos además por experiencia histórica que las tentaciones proteccionistas no son aconsejables. Y sabemos además que el Estado-nación tradicional sigue manteniendo notables capacidades para desplegar políticas públicas diferenciadas, pero no es ya la escala más adecuada para abordar determinadas iniciativas que puedan mejorar las condiciones para crear empleo suficiente y decente en un mundo interdependiente. Eso significa que los Estados deben proseguir con sus políticas de reformas estructurales, de creación de empleo y de gestión de la transición de modelos productivos en función de tradiciones, culturas y contextos sociopolíticos. Pero la Unión Europea tiene también reservadas competencias y capacidades fundamentales que desbordan la escala de cada Estado.

El papel del Estado en esta nueva etapa es esencial para impulsar estrategias de desarrollo local y regional. En primer lugar, porque como se ha demostrado en la gran recesión de 2008 no hay mercados eficientes sin reglas de juego claras. En segundo lugar, hace tiempo que se desarrollan, cierto que con desigual intensidad, reformas del mercado de trabajo, reformas profundas en las políticas sociales y reformas en el sistema formativo. En tercer lugar, porque retiene una gran capacidad de actuación en campos fundamentales y en contextos específicos (una cuestión clave) a escala local y regional. Algunos de los ámbitos de actuación han sido bien sistematizados (Pike *et al.* 2011): a) eliminar estrangulamientos que las empresas individualmente no pueden resolver; b) controlar la especulación y las actuaciones desbocadas y sin límites; c) favorecer programas de formación de los ciudadanos; d) movilizar el potencial autóctono a escala regional y local facilitando la conexión innovación-tejido productivo; e) contribuir a potenciar nuevos nichos de mercado, incubadoras de empresas, sociedades de capital-riesgo; f) contribuir a crear el clima institucional adecuado para atraer y favorecer la inversión y los recursos exógenos; g) propiciar la diversificación y modernización de las empresas; g) establecer regulaciones claras en ámbitos específicos (laborales, ambientales, fiscales) y los mecanismos que las hagan cumplir, y h) garantizar mecanismos de justicia social, de equidad y protección de derechos básicos a los ciudadanos.

Es precisamente en relación con esta última cuestión, la garantía de la justicia social, donde entiendo que el papel de la Unión Europea es decisivo. Pero por ahora evidencia poca confianza en sus propias capacidades y en su liderazgo como actor global. Demuestra escasa capacidad para construir un discurso global renovado donde la justicia social y la justicia global ocupen un lugar central. Un discurso basado en la defensa de su modelo socioeconómico y en la defensa de valores universales que otros, en especial jóvenes, reclaman en otras partes del planeta pero que ya no relacionan con Europa porque incluso la perciben como problema. Es ahí donde la Unión Europea ha de cobrar mayor protagonismo. Procurando como actor global una mejor conciliación entre *justicia social* y *justicia global*

(Cramme; Diamond, 2010). Contribuyendo a reformar o a crear *ex-novo* nuevas reglas globales negociadas que detengan la «carrera hacia el fondo» de las condiciones de vida de millones de trabajadores europeos motivadas por la deslocalización y la competencia global. Persiguiendo como objetivo la progresiva equiparación en derechos y condiciones de trabajo decentes en otras economías emergentes. Estableciendo mientras tanto cuantas cauteles y niveles de protección sean precisos contra el *dumping* social para impedir que los trabajadores europeos queden a la intemperie. Recuperando el control del proceso desde la política. Sin descartar una cierta *desglobalización* y tal vez recuperando márgenes para un espacio nacional de regulación financiera, como señala Antón Costas en un magistral artículo (2010). Y también contribuyendo a favorecer un cambio en el imaginario colectivo de los ciudadanos. La sociedad europea está demasiado atemorizada y demasiado replegada y, como bien señala Tony Judt, políticamente hablando, la nuestra es una época de pigmeos.

La cuestión fundamental que cabe plantearse es: ¿quiere realmente Europa ocuparse del futuro del MSE? ¿Existen liderazgos morales claros para afrontar y gestionar esta situación? En caso de que no fuera así, es poco probable que los Estados puedan en solitario afrontarla y en esa tesitura, los más expuestos serán los países que conforman el llamado *modelo mediterráneo* de Estado del bienestar.

¿SE HA DESVANECIDO LA HEGEMONÍA NEOCONSERVADORA? ¿HAY OTRA AGENDA POSIBLE DISTINTA?

Con ocasión del análisis de las causas que provocaron la crisis financiera global y sus consecuencias, se ha reabierto un interesante debate académico y político acerca del fracaso de las propuestas neoliberales que durante tres décadas han demostrado una amplia hegemonía a nivel mundial y se asiste a un incipiente o supuesto renacimiento de la alternativa socialdemócrata como mejor opción para superar la situación actual. Simplificando, a los «treinta gloriosos» de la posguerra, en los que el protagonismo de la socialdemocracia fue indiscutible, aunque no exclusivo, en el proceso de construcción del Estado del bienestar en Europa, siguieron otras tres décadas en las que el mayor protagonismo correspondió al pensamiento conservador que ahora cerraría su ciclo, para muchos con balance negativo porque ha protagonizado la etapa de la «gran polarización», abriendo mayores posibilidades a propuestas renovadas desde la socialdemocracia. Pero ese escenario, traducido al ámbito de las propuestas políticas concretas, de las preferencias electorales y de las mayorías parlamentarias no parece que por ahora se corresponda con la realidad europea, ni en la composición del Parlamento Europeo, ni en la inmensa mayoría de los parlamentos nacionales.

Ello obliga a la socialdemocracia europea a ser capaz de proponer su visión actualizada y creíble sobre cómo gestionar la economía y cómo crear empleo, sobre la relación entre Estado y mercado, a revisar, recalibrar y proponer un amplio y nuevo programa de reformas que sintonice mejor que hasta ahora con las prioridades, preferencias y verdaderas preocupaciones de los ciudadanos europeos. A la derecha política le resulta más sencillo construir un relato para estos tiempos inciertos, pero la socialdemocracia ha de hacerlo sin dilación. Sabiendo además que en nuestras sociedades se ha desvanecido la supuesta superioridad moral de los discursos de la izquierda política. Entendiendo bien los cambios sociales y culturales y la fragmentación social que dificulta la construcción de nuevos relatos y que tienen muchas consecuencias para el futuro. Aquí quiero destacar dos: en primer lugar, el aumento de la apatía, el desapego y expresiones de cinismo

político; y en segundo lugar, el apoyo explícito o implícito a opciones políticas extremas, de izquierda o de derecha. La lealtad del electorado europeo se ha modificado a la par que se ha modificado la estructura social. Esto se traduce en una mayor facilidad para la emergencia de partidos de una sola cuestión (*single issue parties*) o de partidos de izquierda o derecha a costa de las formaciones socialdemócratas tradicionales.

¿Existe una agenda propia de la socialdemocracia europea en este nuevo contexto? No lo parece. El título de la reunión auspiciada por el Partido Laborista británico en septiembre de 2009 era bien expresivo: «La socialdemocracia en la encrucijada». Como también lo son la mayor parte de términos que aparecen en muchos textos de expertos cuando, refiriéndose al momento actual, ofrecen ideas para imaginar nuevas políticas para la socialdemocracia europea aludiendo a la necesidad de repensar, recalibrar, reformar, revisar, reexaminar, revalorar, refundar... Lo cierto es que, más allá de manifiestos genéricos a propósito de elecciones europeas, es difícil encontrar un hilo conductor, incluso un mínimo común denominador entre las diferentes versiones de los partidos socialdemócratas europeos. Tanto da que el tema se refiera a política exterior, a visiones compartidas acerca del proceso de construcción del proyecto político europeo o incluso a la concreción de políticas sociales. Esta relevante cuestión es la primera que debe abordarse por parte de los diferentes actores políticos concernidos.

Sobran diagnósticos y conocimiento de procesos. Lo que ahora falta es capacidad política para ahormar una alternativa política de centro-izquierda capaz de sintonizar con la mayoría del electorado. Y esta cuestión únicamente puede resolverse contando con liderazgos claros y creíbles de los que ahora carece la socialdemocracia europea. Esta última cuestión, dado que los problemas y las preocupaciones de los europeos están bastante bien identificados, es determinante. Lo cierto es que en 2011, en la mayoría de países de la Unión la socialdemocracia no es percibida de forma mayoritaria como una opción de gobierno. Tal vez sería conveniente prestar más atención a lo que nos dicen otras ciencias sociales, distintas de la economía, para acertar en la elaboración de alternativas creíbles. Sugiero al respecto algunas referencias para que el lector o lectora pueda explorar otros caminos, a mi juicio fundamentales, para poder entender la velocidad y profundidad de los cambios sociales y culturales en curso y la dimensión política y electoral de los mismos: desde el insuperable diagnóstico de sociólogo Richard Sennett (2000), hasta el brillante ensayo de Daniel Innerarity (2009), pasando por los sugerentes trabajos de Ricard Rorty (1999), Manuel Delgado (2007), Gilles Lipovetsky (2008), Antoni Brey *et al.* (2009) y el manifiesto póstumo de Tony Judt (2010).

En segundo lugar, la socialdemocracia europea debería dar respuesta a una nueva paradoja del actual momento sobre la que conviene reparar: pareciera que el programa de la socialdemocracia debería suscitar mayor apoyo electoral de los ciudadanos europeos, y sin embargo son los partidos conservadores los que obtienen mayorías parlamentarias y los partidos radicales, en especial de extrema derecha, los que obtienen creciente apoyo en las urnas.

La socialdemocracia europea, situada entre la fragmentación de opciones en la izquierda y los riesgos de populismos de derecha o de izquierdas, no parece tener un horizonte despejado. Además, muchos de los procesos de cambio social, de segmentación, de

polarización, de «nuevas desigualdades», de percepción de inseguridad o de llegada de nuevos inmigrantes, antes enumerados, crea escenarios y tensiones que atraviesan precisamente el centro mismo de su electorado tradicional. Por el contrario, aquellas opciones que se incluyen en el espectro ideológico del centro-derecha, o más allá, no parece que hayan sentido la necesidad de hacer una revisión profunda de sus postulados, pese a que en gran medida, junto a algunos aciertos, están en la base de la recesión global y de algunos de los procesos de segmentación social que afectan a nuestras sociedades. El reto actual para el centro-izquierda es si será capaz de construir una alternativa creíble con vocación de convertirse en gobierno o si, por el contrario, la derecha política –en sus diferentes versiones, desde el «keynesianismo de derechas» o el liberalismo, hasta las versiones conservadoras de los países post-comunistas o el populismo post-democrático (¿o tal vez sería más adecuado definirlo como predemocrático?)– será capaz de reinventarse a sí misma para seguir siendo la oferta electoral más votada y la forma de gobierno mayoritaria en Europa. Dicho en otros términos, si la socialdemocracia prefiere seguir limitándose a imaginar el futuro mientras la derecha sigue gobernando el presente o se propone imaginar el futuro gobernando también el presente.

Condición necesaria sería abandonar el pesimismo y elaborar un nuevo relato. Lo han explicado de forma magistral Daniel Innerarity (2009) y Tony Judt (2010) y también otros autores (Liddle, 2008). La izquierda europea ha de ser capaz de abandonar su visión restrictiva, su desconfianza sobre el mercado, su querencia por valores transversales demasiado genéricos y no siempre coherentes y su concepción «melancólica y reparadora» y ha de dejar de ver el mundo actual «como una máquina que hubiera que frenar y no como una fuente de oportunidades e instrumentos susceptibles de ser puestos al servicio de sus propios valores, los de la justicia y la igualdad. El socialismo se entiende hoy colmo reparación de las desigualdades de la sociedad liberal. Su legitimidad procede únicamente de la pretensión de reparar aquello que ha sido destruido por la derecha o proteger aquello que es amenazado por ella. Pretende conservar lo que amenaza ser destruido, pero no remite a ninguna construcción alternativa. La mentalidad reparadora se configura a costa del pensamiento innovador y anticipador. De ese modo no se ofrece al ciudadano una interpretación coherente del mundo que nos espera, que es visto como algo amenazante.» (Innerarity, 2009: 193). Judt, por su parte, además de reclamar la capacidad de indignarse y el valor de la disidencia y la disconformidad, reivindica una «izquierda defensiva» con otro sentido bien interesante: defender aquello que ha permitido que esta parte del mundo sea donde la justicia social ha llegado más lejos. Una izquierda orgullosa de lo que ha sido capaz de construir, de su herencia respetable, con una carta de presentación mundial intachable.

Algunas experiencias socialdemócratas han demostrado que sus propuestas son posibles y más justas que el modelo neoconservador de la desregulación y la retirada del Estado. La experiencia de los países nórdicos puede aportar mucha luz sobre el debate acerca de qué es más conveniente, si las recetas de inspiración neoliberal o las propuestas de matriz socialdemócrata. Y parece que entre el modelo liberal y el modelo socialdemócrata de los países nórdicos hay notables diferencias a favor del segundo. Es en esos países donde más lejos se ha llegado en el mundo a la hora de hacer compatible innovación, competi-

tividad y productividad de sus economías abiertas en un contexto globalizado, transición hacia economías del conocimiento y los servicios, alto nivel de cohesión social e incorporación de la dimensión medioambiental en el grueso de sus políticas. En ese sentido se diferencian marcadamente de la experiencia de países continentales de larga tradición de desarrollo del Estado del bienestar donde persisten síntomas de bloqueo (Giddens, 2007:53), así como del grupo de países del modelo mediterráneo y, aún más, de la tradición de las sociedades escindidas y profundamente fragmentadas propias del modelo anglosajón en el que destaca Estados Unidos como el país más desigual del mundo desarrollado.

Si se analizan algunas respuestas del *Eurobarómetro 69* (Comisión Europea, 2008) puede extraer dos conclusiones: a) los europeos expresan cierto sentimiento de temor e incertidumbre ante el futuro, al tiempo que manifiestan un grado de confianza bajo en relación con la capacidad política de sus Estados y de la Unión Europea para resolver sus problemas, y b) el único espacio en el que los ciudadanos responden con mayor grado de confianza es el conjunto de los países nórdicos. Ello indica que es hacia ahí hacia donde debieran dirigir su mirada el resto de partidos socialdemócratas europeos. Mirar hacia el Norte, no tanto para imitar o importar iniciativas o reformas, sino para explorar cómo esos países han sido capaces de aprender de sus errores y de corregir muchas de sus políticas en momentos en los que la crisis económica les afectó a comienzos de la década de los noventa. Desmintiendo de paso la supuesta superioridad del modelo anglosajón de forma tan contundente como eficaz: pese a ser unas de las economías más abiertas y por tanto más expuestas del mundo, son las sociedades con mayor nivel de bienestar, con mejor nivel de formación, con alto nivel de productividad, con menor nivel de desempleo, con mayor tasa de actividad femenina, con menor grado de pobreza infantil, con mayor nivel de densidad sindical...y con mayor nivel de fiscalidad progresiva. No se trata de imitar, en efecto, pero tal vez sería bueno que otros partidos socialdemócratas europeos analizaran cómo y con qué tipo de reformas y de consensos básicos han sido capaces de alcanzar esa situación.

La experiencia de los países nórdicos demuestra que el Estado del bienestar es sostenible, constata la importancia de las reformas, la capacidad para anticiparse al futuro y la necesidad de defender al Estado del bienestar no solamente de sus detractores, sino también de algunos de sus más firmes defensores, aquellos que amparándose en supuestos valores progresistas (también hay conservadores de izquierdas) niegan cualquier tipo de cambio o reforma si es a costa de revisar situaciones que modifiquen el estatus de los «incluidos» o suponga superar actuales situaciones de «captura» de parcelas del Estado del bienestar por parte de determinados grupos o intereses corporativos, paradójicamente esgrimidos en nombre de supuestos valores progresistas.

Se trata de hacer posible que la mayoría participe de esta visión. Contribuyendo al debate académico y haciendo entender, en especial a las generaciones más jóvenes, que no hay nada que no pueda experimentar retrocesos o cambios bruscos. Que no hay conquistas que no puedan perderse. La historia reciente demuestra que pueden producirse fracturas y crisis sociales que hoy ni siquiera imaginamos. Las sociedades de los países más desarrollados de los años veinte del siglo pasado tampoco imaginaban lo que aún les deparaba el siglo xx. ■

Referencias bibliográficas

- AHO, E. (2006): *Creating an innovative Europe. Report of the independent Expert Group on R&D and Innovation Appointed Following the Hampton Court Summit*. Comisión Europea. Disponible on line
- AZAGRA, J.; ROMERO, J. (2007): *País complejo. Cambio social y políticas públicas en la sociedad valenciana*. Valencia, Publicacions de la Universitat de València.
- BARCA, F. (2009): *An Agenda for a Reformed Cohesion Policy. A place-based approach to meeting European Union challenges and expectations*. Independent report prepared at the request of Danuta Hübner, Commissioner for Regional Policy, April, 2009.
- BREY, A.; INNERARITY, D.; MAYOS, G. (2009): *La Societat de la Ignorància i altres assaigs*. Infonomia, Zero Factory S.L.
- Comisión Europea (2008): *Eurobarometer 69. Public Opinion in The European Union. First results*. June 2008. Disponible on line.
- COSTAS, A. (2010): «Algo más que una crisis financiera y económica, una crisis ética», en A. COSTAS (coord.), *La crisis de 2008. De la economía a la política y más allá*, Almería, Fundación Cajamar, Serie Mediterráneo Económico, págs. 11-61.
- CRAMME, O.; DIAMOND, P. (2010): *Social Justice in the Global Age*, Cambridge, Polity Press.
- CRUDAS, J.; RUTHEFORD, J. (eds.) (2009): *The crash. A view from the left*, Soundings, Middlesex University y Amiel Trust. Disponible on line.
- DELGADO, M. (2007): *Sociedades movilizadas. Pasos hacia una antropología de las calles*, Barcelona, Anagrama.
- FLORIDA, R. (2009): *Who's your city?*, Vintage, Canada
- FRIEDMAN, Th. (2006): *La Tierra es plana. Breve historia del mundo globalizado del siglo XX*, Barcelona, Mr Ediciones.
- GIDDENS, A. (2007): *Europa en la Era Global*, Barcelona, Paidós.
- INNERARITY, D. (2009): *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*, Barcelona, Paidós.
- JUDT, T. (2010): *Algo va mal*, Madrid, Taurus.
- JURADO, E.; BRUZZONE, A. (2008): *Rethinking migration. Work and welfare in a mobile economy*, Policy Network paper. Disponible on line.
- KOK, W. (2004): *Hacer frente al desafío. La Estrategia de Lisboa para el crecimiento y el empleo*, Informe del Grupo de Alto Nivel presidido por Wim Kok. Disponible on line.
- LIDDLE, R.; LERAI, F. (2006): *A consultation paper from the Bureau of European Policy Advisers. Europe's Social Reality*, Comisión Europea. Disponible on line.
- LIDDLE, R. (2008): *Social pessimism. The new social reality of Europe*, Policy Network paper. Disponible on line.
- LIPOVETSKY, G. (2008): *La sociedad de la decepción*, Barcelona, Anagrama.
- MAALOUF, A. (2009): *El desajuste del mundo*, Madrid, Alianza Editorial.
- MCLAREN, L.M. (2008): *One of us? Understanding public perception of labor migration in Europe*, Policy Network paper. Disponible on line.
- PIKE, A.; RODRÍGUEZ-POSE, A.; TOMANEY, J. (2011): *Desarrollo local y regional*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, colección Desarrollo territorial, N° 8.
- RORTY, R. (2001): *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós.
- SAPIR, A. (2003): *An Agenda for a Growing Europe: making the EU economic system deliver*, Report of the High-Level Study Group, Bruselas. Disponible on line.
- SENNET, R. (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- TSOUKALIS, L.; CRAMME, O.; LIDDLE, R. (2009): *An EU 'Fit for Purpose' in the Global Age. An interdisciplinary, cross party investigation of policy options for the European Union post-2009*, Policy Network. Disponible on line.
- VERNEY, S. (2011): «Euro-scepticism in Southern Europe. A diachronic perspective», *South European Society and Politics*, Vol. 16, No. 1, págs. 1-29.
- VVAA (2009): *Responses to the global crisis: charting a progressive path. Handbook of ideas*, Progressive Governance, Chile, 2009, Policy Network. Disponible on line.
- VVAA (2010): *Proyecto Europa 2030. Retos y oportunidades. Informe al Consejo Europeo del Grupo de Reflexión sobre el futuro de la UE en 2030*, mayo 2010.